

Simposio “Configuraciones de lo popular en la literatura y el pensamiento latinoamericanos en el Cono Sur”

Procesos de identificación y figuraciones de la diferencia en *La Reja* de Matías Alinovi y *Paraísos* de Iosi Havilio

Lic. Sabrina Rezzónico
CIFFyH, UNC – CONICET
rezzonicosabrina@gmail.com

Palabras clave: Matías Alinovi-Iosi Havilio-literatura argentina-otredad

I. Otredad, diferencia e identificación en la narrativa argentina contemporánea

En un marco de creciente producción de narrativa cuyos protagonistas son determinados sujetos sociales y culturales y cuya visibilización comenzó a darse de manera más sostenida durante la década de los 90 y 2001, nos permite reflexionar sobre procesos de identificación y figuraciones de la diferencia en torno de sujetos denominados *ocupas*. Este contexto histórico de conflictividad social plantea como una de sus aristas, derivada de las políticas económicas neoliberales, la problemática pública y social vinculada con el acceso a y la tenencia de la vivienda propia. Asimismo, las políticas desarrollistas implementadas en dicha materia llevaron al uso de terrenos para la construcción de centros comerciales (*shoppings*), *countries* y barrios cerrados, que funcionaron –y aún lo hacen– como espacios donde se fundan y se materializan profundas desigualdades sociales y culturales.

En ese sentido, obras de la narrativa argentina contemporánea registran imaginariamente la presencia de topadoras que arrasan terrenos donde comunidades despliegan su vida, aunque los habiten precariamente, sin cobertura estatal en materia de derechos fundamentales; la organización, lucha y resistencia colectiva frente desalojos; los *countries*, como espacio de *preservación* y de *defensa* de determinados grupos y/o clases sociales ante la inseguridad encarnada en las multitudes pauperizadas; la división social del espacio a partir de *muros* y de la estructuración y jerarquización *arriba-abajo*, fronteras productoras de diferencias materiales y culturales; la convivencia entre fuerzas de seguridad, poder político, grandes grupos inversores y empresas constructoras e inmobiliarias, cuyos intereses y negociados se evidencian en el tratamiento narrativo de las tramas de poder que sustentan su accionar; entre otras figuraciones de esta problemática¹.

¹ Esos registros están presentes en novelas tan diferentes como *Las viudas de los jueves* [2005] de Claudia Piñeiro, *La Virgen Cabeza* [2009] y *El romance de la negra rubia* [2014] de Gabriela Cabezón Cámara, *La 31 (una*

En este marco, la sociedad misma genera clasificaciones modelizadas como categorías relevantes y potentes, disponibles socialmente, para leer *identificaciones situacionales*, autoadscripciones de sujetos en grupos que –pese a su heterogeneidad constitutiva– se funden en una unidad relativa y operan en función de objetivos e intereses comunes frente a *otros* que los amenazan y les disputan prácticas, saberes, sentidos y territorios. Grimson (2012) lo señala cuando restringe su definición de *identificación* “(...) a las categorías de grupos sociales, a los sentimientos de pertenencia a un determinado colectivo, y a los intereses comunes que se articulan en torno de una denominación. (...)” (184), categorías que –disponibles socialmente– brindan un mapa de cómo la sociedad se piensa, clasifica y reconoce a sí misma. Además de la serie televisiva argentina “Okupas” (2000), los conflictos recientes por la toma de tierras en ciudad y provincia de Buenos Aires –como, por ejemplo, la del Parque Indoamericano (Villa Soldati) en 2010 y Merlo en 2015– nos permiten postular la categoría de *ocupa* como palabra cuya circulación en el discurso social de la época fue y sigue siendo significativa para analizar en *La Reja* (2013) de Matías Alinovi y *Paraísos* (2012) de Iosi Havilio.

II. Sujetos ocupantes y espacios ocupados en *La Reja* (2012) de Matías Alinovi y *Paraísos* (2013) de Iosi Havilio

En cada novela, los sujetos experimentan diferentes procesos de identificación: por un lado, con el narrador de *La Reja* asistimos a la ocupación de una vivienda abandonada y sus pensamientos y acciones sobre los ocupantes, la “negrada” invasora y despreciada por él. Por otro lado, la narradora de *Paraísos* es forzada a trasladarse de Open Door (partido de Luján) con su hijo Simón al barrio de Palermo (ciudad de Buenos Aires) tras la muerte de su pareja, por las presiones de inversores holandeses para quedarse con la casa donde vivían. Aunque ella encuentra diferencias entre la vida de campo y el “paisaje inconcebible” de la ciudad, del que “[c]uesta creer tanta gente, tanto autos, tanto todo” (52), se adapta a vivir en un edificio tomado, no problematizando su ocupación ni considerándose una ocupante más, sino reconociéndose parte junto a otros. Por estos procesos de identificación, la diferencia se configura desde la confrontación de miradas y percepciones propias y ajenas de los sujetos y espacios, que abordamos.

Primero, precisamos tres momentos claves de *La Reja*. El primero comprende la supuesta complicidad luego confirmada entre diferentes sujetos –el Suizo, los policías Marinara y “Totocho”, la abogada, el comisario Tasso y el juez Rodrigosi– en torno de la ocupación de la vivienda del

novela precaria) [2012] de Ariel Magnus, las que despliegan un particular vínculo entre sujetos con diferentes grados de poder y el espacio, en una dimensión temporal que incorpora también la(s) memoria(s) en torno de ese territorio en el pasado, el presente y con una proyección hacia el futuro.

narrador, conocida como “la quinta” y legada por Rolo, su padre. Aquí, resultan significativas las figuraciones del espacio, ya que anticipan identificaciones que el narrador se cuestionará. Pese a que señala que “(...) el conflicto no se libra en el espacio, que no es nada, sino la condición de posibilidad de lo que ocurre” (66), este se asocia con representaciones específicas: “(...) el infierno se traduce al conurbano: lento, el móvil desciende por los círculos, (...), al centro espectral de la condena. (...) Toda hora fatal va señalada por la revelación de una conjura” (15-16), imaginada como una conspiración entre la policía y el Suizo para ocupar la casa y organizar una Suiza conurbana, con el loteo de terrenos de propietarios muertos. Transitando el partido de Moreno en un móvil policial, hacia La Reja se “[d]esciende serpenteando hacia los bajos (...). Los altos pinos (...) que secundan por tramos las murallas, lejos de Roma, en las afueras. Para el imperio, el mundo es conurbano” (17). El camino está representado por el descenso hacia el “infierno conurbano” –así dispuesto por el “imperio porteño”– y la condena, por la casa ocupada, en cuya entrada un agente aplaude y dos niñas salen de la casa y les comunican que su madre no está. Se discute ingresar a la propiedad, pero un policía no lo recomienda, porque “[c]on el gobierno anterior era otra cosa” (20), pero ahora “[l]os de derechos humanos te incineran” (20-21), argumento que el comisario y el juez comparten, no brindándole ninguna solución al narrador.

Camino al chalet alpino de la abogada, el narrador cruza las vías del tren rumbo al oeste, a Mercedes, y atraviesa “(...) la región indefinida, en que muere, catastral, el conurbano y empieza la legítima llanura, el innegable campo necesario. La imposible línea en que se pasa de la abstracción fatal del conurbano, a todo lo que existe por sí mismo, en flagrante conflicto con lo otro” (22). Esta estructuración referida a los espacios –el ascenso signado por la llanura y Mercedes, y el descenso hacia La Reja y los barrios *pobres*– los jerarquizan en la narración del protagonista. Ya junto a la abogada, él se comunica con su padre por teléfono. La conversación transcripta se interrumpe con digresiones sobre la vida pasada de Rolo –sus propiedades en Brasil, donde se reunía con amigos y mujeres– que evidencian el negocio que La Reja significó: después de “el carnaval de la alegría” –escenificado en una oficina céntrica donde desfilaron Alcides, Ricky Maravilla y Las Primas, íconos de la farándula de los '90–, la propiedad fue lo único que se salvó y atravesó un “período orgiástico (...) y luego fue expoliada, y alquilada, y fue robada, y sometida, y ahora está ocupada por las sombras negras pertinaces (...)” (32-34). Así, se evidencia la importancia que inviste este espacio para el narrador y la complicidad –por *saber* lo que allí ocurría– con Rolo; retomando la analogía del imperio bonarense y del mundo conurbano, en La Reja ocurrían “[l]as bacanales criollas, conurbanas. (...) En el confín del imperio, los romanos, habrán visto signos (...) de descalabro. (...) Roma es distinta, (...) se aleja cambiando su sentido (...) diverge y ya no nos ampara” (51).

El segundo momento clave comprende la visita a la casa del Suizo, donde el narrador

conoce a Mingo, el portero criollo, con quien ingresa luego a un espacio *otro*, su barrio. El camino y las fronteras atravesadas explicitan el criterio que funda la diferencia, espacial y social:

Tomamos Monsegur, hacia la izquierda. (...) Porque aquí, (...) comienza la meseta en que vivimos los que sabemos concreto el Obelisco y la mediocridad del monumento, (...) nadie desciende, si no vive en el barrio de Mingo en la hondonada, si no va a trabajar a alguna quinta, si no limpia las casas de los otros. Son los negros los que cruzan Monsegur, (...) los que cruzan Monsegur son unos negros, es el cruce que define la negrada, es la necesidad del cruce la que marca. (...) definir con precisiones: un cruce, una calle, una hondonada, una necesidad concreta y hacia arriba, la negrada. (59-60)

De este modo, la diferencia es manifiesta en la *identificación*, primero asumida y luego cuestionada por el narrador: “¿Seré el primero de los míos en dormir en la hondonada? (...) Si los míos se definen como aquellos que nunca cruzan Monsegur (...), y yo la cruzo, (...) soy pionero de los míos (...), o he dejado de ser de los que era, y ya soy de los otros, incipiente (...)” (60).

El tercer y último momento se vincula con las acciones frente a la ocupación, cuando un ocupante deja la casa y el narrador debe optar entre recuperarla o seguirlo, como hace. Pese a que piensa que “(...) dan ganas de decirle (...) que es un negro del orto, que es la nada inconstante de los indios (...)” (72), ambos conversan en un bar del subte de Once, donde el hombre le ofrece al narrador tener sexo con Lorena a cambio de dinero, en La Reja. Esa noche, mientras “los negros” comen un asado y ofrecen al narrador “un choripán prostibular preparatorio” (84), un “caudillo” refiere un desalojo en Moreno², y Lorena y las niñas aparecidas a la mañana reconocen al narrador, un hombre lo golpea y, al despertar, constatan con Mingo que los ocupantes se han ido.

Sin embargo, luego sobreviene la segunda ocupación. Los nuevos ocupantes disponen los tablones: se escucha que piden a Rolo un triple; las chicas de la ANSES se sacan el pareo; algunas de Las Primas, la abogada y el comisario Tasso están presentes también. Así, el narrador y Mingo se dirigen a su casa y, junto a su sobrino pensionado, arman bombas molotov para enfrentar a los ocupantes y regresan a La Reja. Todo concluye con ellos, mirando a “[l]os que quedan [que] desamparan la pileta, porque avanza el aguacero conurbano, (...), la nube es gris, tumultuosa y agolpada. Un redoblar interior de la tormenta” (115), una confusa lluvia de molotovs y agua.

Las identificaciones en torno de los *sujetos ocupantes* se presentan de un modo diferente en *Paraísos*, ya que no ocurre un registro constante de reflexiones sobre el derecho a la propiedad y la ocupación. Tras cuatro años de vivir en la “chacra” de Open Door y el entierro de Jaime, la

² El “caudillo” recupera el desalojo sucedido en Moreno; la lucha contra la represión violenta sufrida por las familias de los compañeros “(...) que se habían instalado en los terrenos que les fueran asignados por el fondo”; el relato sobre Sanginetto, dirigente del movimiento de la tierra y la vivienda, quien le juró venganza al intendente “(...) y le ocupó las casas quintas que quería, y acá Lorena y Gabriel, dos compañeros, le consiguieron ésta a Sanginetto, porque la propiedad es un derecho que caduca cuando no es ejercido (...)” (88-89). En el relato del “caudillo”, este aclara que el dirigente “(...) es combate y territorio (...) pero (...) no es ocupa (...)” (89).

narradora y su hijo son expulsados de allí³. En la ciudad inundada, conocen a Iris, una rumana que insta a la narradora a trabajar en el zoológico como ella. Conoce allí al ordenanza Canetti, quien tiene otra propuesta laboral. Ya fuera de la puerta de chapa del edificio, él le comenta que está tomado, aunque advierte “(...) acá estamos seguros” (89). Allí, ella le coloca inyecciones de morfina a una señora enferma, Tosca, quien poco después le propone mudarse a un departamento a cambio de su trabajo, a lo que accede. Cuando explica esta oportunidad a Iris, señala que “(...) el edificio [está] tomado pero [es] para nada peligroso” (99). De esta impresión, se despliegan dos momentos a partir de apreciaciones, comentadas o pensadas: uno, *saber* por Tosca y Canetti de la historia del Buti y conocer quiénes son sus habitantes; otro, la formación de su vínculo con algunos de ellos.

Así, el taxi que traslada a la narradora y a Simón a su nueva casa los deja a media cuadra, no sabe si “(...) para cuidar [su] plata, por pereza o por temor a que lo asalten.” (102). Hasta ese día, el edificio reducido al espacio de Tosca adquiere otra dimensión: “(...) además de la torre (...), la gente del barrio lo conoce como el Buti por uno que vivió acá y murió resistiendo un intento de desalojo diez años atrás, al comienzo de la torre” (101). Este joven, cuyo recuerdo está registrado en los muros internos y externos en la frase “el Buti vive y resiste”, es hermano mayor de Perico, uno de los privilegiados en la organización comunitaria del edificio. Ya mudada, la narradora siente que todavía no es nadie, aunque Benito los acomoda en el siete por la noche. En ese momento, si bien ella no duerme por la dificultad de acostumbrarse a ese espacio, se mantiene en vigilia por “(...) esos extraños rumores que se producen en las entrañas del edificio (...). Sonidos metálicos, de viento, cadenas, zumbidos, chisporroteos, como secreciones de un organismo descompuesto. (...)” (104). A pesar de esos ruidos y el olor a cloaca, se convence afirmando “acá estamos seguros” y, apenas una semana después, expresa: “(...) es como si viviéramos así desde siempre” (107).

La “rara” comunidad se le revela a la narradora a través de voces legitimadas, como las de Tosca, Benito y Canetti. Las pautas y los códigos de convivencia, la organización en el uso de los servicios, el control en los ingresos y las salidas y el tramado de jerarquías –esto es, los “intocables, privilegiados, que delegan en otros las tareas rutinarias”: Perico, “(...) el famoso Mercedes, un tipo al que le temen todos, por supuesto Tosca y una travesti de nombre Eva (...)” (105)– tienen una doble función: por un lado, tienen un sentido ordenador, pero por otro están relacionadas a la

³ La narradora considera que esa “chacra” le pertenece o ha quedado a su cargo. Un año atrás, las máquinas habían arrasado con la casa de Eloísa, el galpón, el almacén y, sin embargo, Jaime “(...) parecía decidido a resistir.” (31). Los rumores indicaban que holandeses habían comprado el club y buscaban construir “(...) un country inmenso con un campo de golf en el medio, donde estábamos nosotros (...), casi tan grande como el psiquiátrico (...)” (31). Seis semanas del entierro de Jaime, un representante de la firma insta a la narradora a irse por dinero, mediante un “convenio de desocupación”. La expulsión de la vivienda se precipita con otra visita del apoderado, quien anticipa que el asunto puede tomar un curso más drástico. Si bien la orden de desalojo no es ejecutada, el 30 de noviembre le entregan dinero para “sobrevivir un mes o dos” (37) y se van. Meses después, Eloísa, la narradora, Iris y Simón regresan y encuentran un cartel en su entrada que “(...) promete dúplex, chalets, lotes, golf, spa y club de campo. La casa, el establo, incluso los surcos que dejó la camioneta de Jaime, siguen ahí, intactos (...). Me pregunto cuánto tiempo tomará en hacerse realidad el cartel. ¿Un año? ¿Dos? Puede que menos. No creo que regrese para verlo.” (285-286).

resistencia. Canetti le advierte que ciertos errores pueden llevar al desalojo y Tosca le explica la genealogía del conflicto: “[m]enciona a su padre, un terreno baldío, la empresa constructora, un ingeniero tráfuga y el pedido de quiebra. (...) existe una orden judicial en suspenso de hace como diez años pero que nadie se quiere hacer cargo de un desalojo violento.” (105-106).

Otras prácticas de los habitantes del edificio son manifiestas en los festejos de Nochebuena: “La entrada del edificio está tomada por la fiesta. (...) Entrando al Buti, hay un tumulto en el pasillo, avanzo a los empujones (...)” (123) y, más tarde, “[n]o voy a poder dormir con el quilombo imparable dentro y fuera del edificio [*sic*], la cumbia, los gritos, las explosiones.” (124). Ya en vísperas de Año Nuevo, la narradora, Iris y Simón salen a la calle y, en la entrada del Buti, ven: (...) una mesa larga y junto al cordón de la vereda una parrilla con chorizos y una montaña de brasas en llamas. Las botellas de sidra pasan de mano en mano. Por la puerta entra y sale un montón de gente (...) Petardos y tiros, no se sabe cuál es cuál (...)” (164).

Aunque todavía se siente “nueva”, ella profundiza la caracterización de sus vecinos. Como necesita que cuiden a Simón, conoce a Herbert, hijo de Sonia y Mercedes: “El dealer del edificio. (...) además de proveer la morfina a Tosca y de tranquilizantes a Canetti, le vende droga a Perico y su banda. Lo odian todos (...). Sólo Sonia lo llama por su nombre, los de adentro le dicen Paraguay, los de afuera, sus clientes, el Químico (...)” (144). Si bien su porte taurino amedrenta, después de un mes de convivencia, la narradora y Simón buscan a Herbert, y Mercedes los invita a pasar. Allí, recuerda los comentarios de Tosca sobre este “inquilino”: “(...) se convirtió en (...) el guardaespaldas del Buti, el chico que reventaron, después se perdió. Empezó a repartir droga, (...). Ahora lo maneja todo desde acá y de vez en cuando sale de gira con un taxi trucho y se lleva al pibe de pantalla.” (174). Atemorizada, la narradora advierte que Mercedes tiene un revólver, pero él le dice: “No te asustes (...). Es por si viene alguno medio furioso. Les muestro el brillo y se ponen mansitos. Sonríe, por lo de brillo, pero también porque siento que de alguna manera está ahí para protegernos. De nuestro lado. (...)” (175). Así, la narradora asume ser parte de esa comunidad, lo que supone un *otro* amenazante, ante el que se necesita el amparo y protección de “los propios”.

Esta sensación vuelve a materializarse cuando regresa de una fiesta al amanecer y Mercedes la reprende silenciosamente –con un cabeceo de padre o mafioso–, mientras Sonia, preocupada, le informa que su hijo tiene mucha fiebre. Él los lleva al hospital donde, más allá del accionar médico, Simón se recupera del envenenamiento por la ingesta de frutos del paraíso gracias a un té de corteza del mismo árbol –la cura en lo que enferma– de una curandera contactada por Sonia. Desde esta experiencia, la relación se profundiza en solidaridad y confianza, a tal punto de cuidarse los hijos e incluso asistir juntas el parto de una vecina. En el desenlace, la narradora permanece allí, aunque después del robo de joyas a la familia del novio de Eloísa, a ella le cuesta creer que vaya a comenzar una nueva vida.

III. De ocupa-ciones y presencias: sus efectos en espacios en disputa

A partir de las novelas referidas, reconocemos procesos de identificación propios y ajenos de diversos sujetos en torno de la problemática de ocupación de propiedades inmuebles. Ambas difieren en los modos de intervención sobre el conflicto, que genera la valoración de las identificaciones: en *La Reja*, la perspectiva desde la cual la narración se focaliza tensivamente se anticipa en el primer epígrafe y está centrada en el derecho a la propiedad, la capacidad de disponer de ella según la voluntad del propietario y las atribuciones –desnaturalización, degradación o destrucción– que dicho derecho conlleva. Se confronta así la voz del narrador *propietario* frente a la que él identifica y valora negativamente como “negrada”, quienes en sus autoadscripciones identitarias no se reconocen como “ocupas”, sino como luchadores organizados, desalojados por el intendente de las viviendas otorgadas por “el fondo” en Moreno, y ahora legítimos ocupantes de quintas en función del derecho no ejercido por sus propietarios. En *Paraísos*, también sabemos de un intento de desalojo que se cobró la vida del Buti, cuyo nombre está inscripto en las paredes y es consigna de resistencia del edificio tomado; aquí, la narradora no cuestiona la ocupación, ni construye a sus habitantes como “ocupas”, ni los califica de “negros invasores”, sino que se integra progresivamente a esa comunidad, adscribe a sus pautas de convivencia y acepta su amparo.

A partir de esas identificaciones, también se confrontan espacios a los que se adjudican rasgos de los sujetos. Así, es significativa la mención de los *countries*, espacios cuya genealogía es vinculada con la complicidad e ilegalidad en el accionar de las tramas de poder locales y agentes inmobiliarios, y en los que la confluencia de intereses de sus habitantes genera un *adentro* que los protege contra el exterior, inseguro y amenazante. Estas identificaciones de grupo y/o clase estructuran jerárquicamente, a su vez, las diferencias sociales y culturales: los barrios bajos, *ergo*, pobres y feos, y el ascenso a las quintas y los countries, cuyos nombres imagina el narrador de en *La Reja* como “Los Altos de La Reja”, o “Cagazo a la negrada *country club*”; así también, la “limpieza” sucesiva de los terrenos cercanos a la chacra en *Paraísos* y, por tanto, de sus propietarios, expulsión que resulta para la narradora –amenazas y presión mediante– definitiva.

En este sentido, conocer la historia de las propiedades en cuestión –la chacra de Jaime y el edificio “el Buti”, y la “quinta”, las casas de Moreno de donde los ocupantes fueron primero desalojados, y el country imaginado por el narrador–, desde diferentes voces –la narradora y los habitantes del edificio en *Paraísos*, y el narrador y el “caudillo” en *La Reja*–, posibilita reconstruir las relaciones de poder y los intereses en torno de los *usos* proyectados sobre el espacio y comprender su devenir, su ocupación presente. Así, estas dos novelas posibilitan leer, a partir de los conflictos sobre las propiedades brevemente referidos, el modo en el que se reconstruyen

figuraciones sobre los sujetos ocupantes y, por tanto, se generan categorías para identificarlos, valorarlos y confrontarlos social y culturalmente con *otros*.

Referencias bibliográficas

Alinovi, M. (2013). *La Reja*. Buenos Aires: Alfaguara.

Grimson, A. (2012). *Los límites de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.